



Recchia Paez, Juan. "Cuerpos infectos, cuerpos extraños: literatura y vida en *Fruta podrida* de Lina Meruane".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, septiembre de 2018, vol. 7, n° 14, pp. 155-168.

Cuerpos infectos, cuerpos extraños: literatura y vida en *Fruta podrida* de Lina Meruane¹

Infected bodies, foreign bodies: literature and life in
Fruta podrida by Lina Meruane

Juan Recchia Paez²

Recibido: 26/06/2017
Aceptado: 08/07/2018
Publicado: 11/09/2018

Resumen

El presente artículo se propone un análisis de la novela *Fruta podrida* (2007) de Lina Meruane con el objetivo de desmembrar la relación particular que se entabla, en el texto, entre discursividades sociales (regidas por lo que denominamos "el saber médico-mercantil") y otras subjetividades ("extrañas" e "infectas") en la disputa por la asignación de sentido al concepto de "vida". En cruce con la crítica teórica de Michel Foucault (2001), Judith Butler (2006), Roberto Espósito (2016), Jean-Luc Nancy (2003) y Jaques Derrida (1975), la obra de Meruane formula una noción de cuerpo que problematiza el vínculo literatura-vida y permite visualizar modos y procesos de resistencia de subjetividades frente a las estructuras sistémicas impuestas por

Abstract

In this article we will explore the novel *Fruta podrida* (2007) by Lina Meruane with the aim of dismembering the particular relationship between social discourses (determined by what we call "medical-mercantile knowledge"), and other ways of subjectivities ("strange" and "infected") in the dispute for the assignment of meaning to the concept of "life." In contrast to the theoretical critique of Michel Foucault (2001), Judith Butler (2006), Roberto Espósito (2016), Jean Luc Nancy (2003) and Jaques Derrida (1975), the novel of Meruane explains how the notion of body problematizes the link between literature and life. And, at the same time, it shows the processes of resistance of subjectivities in front of the systemic structures

¹ El presente trabajo se terminó de escribir al calor de las jornadas de lucha en reclamo al ajuste en Ciencia y Técnica de la Nación llevado a cabo durante el 2016. Agradezco a la performance realizada el 1 de Marzo de 2017 por el Centro Interdisciplinario Cuerpo, Educación y Sociedad, FAHCE, UNLP por contribuir, con su mirada crítica sobre la medicalización del cuerpo, a las ideas formuladas en este trabajo.

² Profesor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, donde trabaja como Ayudante Diplomado en la cátedra de Literatura Latinoamericana I de la Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación. Actualmente es alumno de la Maestría en Literaturas de América Latina (UNSAM) y del Doctorado en Letras de la FAHCE (UNLP). Desarrolla un proyecto de investigación sobre "La cultura popular en la consolidación de los Estados nacionales modernos: apropiaciones, adaptaciones, reescrituras y traducciones de la guerra de Canudos (Brasil, 1896-1902)" bajo la dirección de la Dra. Carolina Sancholuz y del Dr. Gonzalo Aguilar. Se desempeña además como editor responsable y traductor de la revista digital *Transas. Letras y Artes de América Latina* (UNSAM, ISBN 2525-0426). Contacto: recchiajuan@gmail.com



determinados espacios del saber.

Palabras clave

Lina Meruane; literatura y vida; saber médico-mercantil; cuerpo; subjetividad.

imposed by certain spaces of knowledge.

Keywords

Lina Meruane; literature and life; medical-mercantile knowledge; bodies; subjectivity.

Sed que no para
de una fruta
que ya es leyenda.

Juan José Saer. "Sed que no para" (2000)

Introducción

“Mis libros están vivos, sí” afirma Lina Meruane en una entrevista realizada para el periódico *El País* el 15 de abril de 2016. En esta breve frase condensa una indagación que ha venido trabajando desde su “trilogía involuntaria” en la que se inscriben las novelas *Fruta podrida* (2007), *Sangre en el ojo* (2012), y el ensayo *Viajes virales: la crisis del contagio global en la escritura del sida* (2012). Meruane prefigura una lectura en común al referir, en dicha entrevista, que “Estos tres libros conversan entre sí y las dos novelas parten de una misma pregunta: ‘¿Qué hacer ante el discurso imperante de la salud a cualquier precio?’”.

El crítico Javier Guerrero en *Excesos del cuerpo: Ficciones de contagio y enfermedad en América latina* señala la importancia temática y también política del hecho de que el tópico del *cuerpo* esté presente en buena parte de la literatura latinoamericana contemporánea (2009: 28). En un punteo inconcluso y heterogéneo, pero que comparte el anudamiento que analizaremos en el presente trabajo entre precariedad y subjetivación, son varios los/las autores/as que han abordado esta problemática; entre ellos, Clarice Lispector, Mario Bellatin, Sergio Chejfec, Diamela Eltit, João Gilberto Noll, Carlos Ríos, Marcelo Cohen. Generacionalmente, Lina Meruane forma parte de las escritoras que surgieron de los talleres literarios de Diamela Eltit³ y su obra dialoga con otras mujeres de la actual escena literaria

³ Zamorano (2016) trabaja los vínculos entre *Mano de Obra* de Diamela Eltit y *Fruta Podrida* de Lina Meruane desde una reflexión sobre “las condiciones de posibilidad que el capitalismo actual ha impuesto sobre las producciones de subjetividad” (27).

chilena, entre ellas, con Andrea Jeftanovic,⁴ Nona Fernández,⁵ Cynthia Rimsky⁶ y, también, con Alejandro Zambra.⁷

En este contexto de producción, la obra de Meruane desarrolla tópicos que han sido objeto de varios análisis teórico-críticos en las primeras décadas del siglo XXI. Con el objetivo de realizar un aporte crítico-teórico para exponer una territorialidad que, siguiendo a Mario Cámara, pone en escena “procesos de desubjetivación como instancias de resistencias a un poder normativizador” (2017: 9); el presente trabajo dialogará, principalmente, con los artículos críticos de Simone Fenna Walst (2015), Mónica Barrientos (2015), Beatriz Ferrús (2016), Isabel Quintana (2017) y Betina Keizman (2017).

La indagación sobre “las posibilidades de la vida” da apertura a la novela *Fruta Podrida* con el epígrafe de Javier Tolomeo y la pregunta por su reverso, la pregunta por la muerte: “Hay gente que empieza a morir por los pies, pienso”. Con cierta impersonalidad, la interrogación por la muerte, formulada desde una primera persona (desde un pensamiento devenido enunciación) es lo que posibilita y potencia el desarrollo de la novela. De la entrevista, por medio del epígrafe intertextual, al centro de la narración: ¿cuáles son las formas posibles de la vida (y de la muerte) del libro de Meruane?

El presente artículo recorre *Fruta Podrida* buscando desmembrar esta relación particular que se entabla entre el entorno social (“Hay gente”) y las diferentes subjetividades (“pienso”) alrededor del tópico de la muerte. Para esto trabajaremos explorando los diferentes elementos de la novela y problematizaremos los lugares y las asignaciones que se construyen en torno a personajes y narradores. Intentaremos demostrar cómo la noción de *cuerpo* problematiza dicho vínculo, a la vez que permite visualizar los procesos de subjetividades en resistencia frente a las estructuras sistémicas impuestas por determinados espacios del saber, donde el uso del lenguaje cobra una especial relevancia.

El sistema médico-mercantil

La novela *Fruta Podrida* presenta una relación mutuamente dependiente entre dos hermanas campesinas, María y Zoila. En la situación narrativa inicial, su vínculo se presenta mediado por espacios de la producción eficiente de la fruta perfecta (la empresa frutícola cerca de donde viven en el pueblo Ojo Seco) y del cuerpo saludable (hospitales de diagnóstico, cuidado e internación). María, la hermana “Mayor” (así nombrada en la novela), trabaja como química pesticida en la empresa frutícola heredada de un padre ausente –se encuentra en el

⁴ Andrea Jeftanovic (Santiago de Chile, 1970) ha publicado las novelas *Escenario de guerra* (2000; Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral y Consejo Nacional del Libro) *Geografía de la lengua* (2007), *Conversaciones con Isidora Aguirre* (2009); los cuentos *No aceptes caramelos de extraños* (2011); y el ensayo *Hablan los hijos. Estéticas y discursos en la perspectiva infantil en la literatura contemporánea* (2011).

⁵ Patricia Paola Fernández Silanes (Santiago, 23 de junio de 1971), más conocida como Nona Fernández, publicó en los últimos años las novelas *Fuenzalida*, (2012, Mondadori, Santiago), *Space invaders* (2013, Alquimia, Santiago) y *Chilean Electric* (2015, Alquimia, Santiago). Su última novela *La dimensión desconocida* (2016, Penguin Random House, Santiago) obtuvo en 2017 el Premio Sor Juana Inés de la Cruz.

⁶ Chynthia Rimsky (Santiago de Chile, 1962) publicó *Poste restante* en Chile casi a los 40 años. La edición argentina, publicada por Editorial Entropía, llegó luego de que se editaran en su país natal *La novela de otro* (2004), *Los perplejos* (2009), *Ramal* (2011), el relato “Cielos vacíos” en *Nicaragua al cubo* (2014), “Fui” (2016) y *El futuro es un lugar extraño* (2016).

⁷ Alejandro Zambra Infantas (Santiago, 24 de septiembre de 1975) es uno de los narradores chilenos más reconocido entre los latinoamericanos menores de 40 años. Entre sus obras se destacan *Formas de volver a casa* (2011, Anagrama, Barcelona), *Facsimil* (2014, Santiago, Hueders) y los ensayos “La montaña rusa” (2002, en *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia*) y *No leer, recopilación de críticas* (2010, Ediciones Universidad Diego).

exterior—;⁸ Zoila, denominada “la Menor”, padece una grave enfermedad (asociada a la diabetes) que ha decidido no cuidar y cuyo tratamiento es uno de los nudos narrativos de la novela.

Estos espacios eficientes de la producción (conformados por instituciones, sujetos y prácticas) están regidos por lo que llamaremos el “saber médico-mercantil”.⁹ En el marco narrativo, este *saber* se constituye como un campo amplio de conocimiento y praxis determinado por la acción de cada uno de los personajes que lo realizan y actualizan. La narración se estructura bajo un complejo juego de roles asignados a los personajes de la novela cuyos nombres se definen por la función que ocupan dentro del sistema médico-mercantil. Tan solo Zoila y María se presentan bajo una doble nominación: la de sus nombres propios y la de «la Menor» y «la Mayor», respectivamente. Designaciones genéricas de los otros personajes y espacios, como el «Gran Hospital», «Director General», «Cirujano General», «el Enfermero» o «el Norte», suprimen la vinculación directa con referentes concretos o reales.¹⁰

El Director, Médico y Cirujano General encarna la figura de autoridad máxima del sistema. Quien posee todos los títulos del saber es un paradigma en sí de las lógicas y funcionamientos. Un “hombre consumido por la ciencia”, para la cual ha dejado toda la organicidad de su cuerpo que aparece degradado y constituido por “puro pellejo”; pero que, desde su “voz anémica”, evalúa, diagnostica y ordena procedimientos que todos deben cumplir (desde los enfermos hasta los enfermeros). Por encima de él sólo estará la Junta médica internacional que, con el avance de la incógnita enfermedad de Zoila, se pondrá a la cabeza de las consultas, diagnósticos y decisiones clínicas.¹¹ Estas figuras de autoridad, sin embargo, no trabajan aisladas ya que el vínculo que entablan con los y las enfermos/as se da por medio de otros personajes intermediarios. El Enfermero, de voz alta y modulada, opera como mediador que se mueve y se reposiciona en la cadena productiva. Si por momentos se trata de una figura que parece cuidar a Zoila y a María, esa forma de atención no está separada de usos y abusos físicos hacia los cuerpos de la Menor y de la Mayor. En este juego de roles, el Enfermero actúa también como traductor de las experiencias clínicas (que siembran en la Menor el deseo de la fuga, del destierro) y como comerciante (es quien negocia el precio de los hijos por nacer de la Mayor). Su personaje es un engranaje más del sistema, pero, a la vez

⁸ De la ausencia de la figura paterna podemos visualizar el lugar asignado a los personajes masculinos cuya corporalidad se encuentra, en gran medida, relegada y se limitan a ocupar posiciones de autoridad en ausencia de sus cuerpos.

⁹ Llamaremos a este espacio “médico-mercantil” ya que, vinculado con los ambientes médicos, el espacio del trabajo se configura como otro de los lugares donde los personajes pierden la condición y la corporalidad propia de la persona. La alienación de los trabajadores en la planta de embalaje de frutas afecta tanto a las temporeras como a la Mayor, quien se encarga de supervisar y controlar todo el trabajo. En el relato de Zoila, es la propia María quien muda, al cambiarse la ropa cotidiana por el uniforme de trabajo, su nombre por el de la empresa. Y Zoila lo enuncia: “Deja de ser mi hermana” (2007: 110), cuando se coloca el uniforme y aprieta, ajusta su cuerpo embarazado. Además de los comportamientos individuales de varios personajes, en la novela se presentan colectivos de trabajo en constante situación de precarización laboral. Hay un paralelismo entre las tejedoras de medias, quienes tuvieron que abandonar la fábrica tras la cuarentena de lana en tiempos anteriores a la fundación del Hospital, y las trabajadoras, temporeras, de la fruta. A su vez, esas prácticas laborales se cruzan con el funcionamiento de la máquina de vida que es el nuevo hospital construido sobre la vieja fábrica.

¹⁰ Como veremos en el desarrollo del presente trabajo, la imprecisión o generalización permite que la crítica se extienda a las políticas de salud independientemente de la localización en el mapa mundial.

¹¹ La escritora, en una entrevista que concedió al periódico argentino *Clarín* el 2 de Abril de 2012, se refiere al papel que juega el médico como referente de una institución poderosa: “donde hay poder (y un saber que se supone incuestionable) normalmente hay maltrato e impunidad. Y hay un supuesto cultural que permite que los enfermos [...] no se sientan autorizados a frenar esas formas de abuso [...]. La enfermedad está infectada por la culpa. Es importante resistirlo.”

(el proceso de simultaneidad es consustancial a sus tareas), posibilita la interrupción futura de la estructura sistémica porque si bien “la cadena de repetición es demasiado larga y espaciada, se va distorsionando, se interrumpe, llega entrecortada” (41).

El funcionamiento del sistema, en su carácter totalizador, pareciera ir por encima de las voluntades y conciencias de cada personaje ya que ninguno de ellos es de manera unívoca un explotador o un explotado, un asistente o un paciente. El método científico, de observación y experimentación (que parece regir más allá de las acciones de cada personaje), actúa como artefacto de legitimación de relaciones de poder diferenciadas y jerarquizadas.¹² Las relaciones que se entablan entre personajes se rigen bajo el concepto de “experiencia clínica” que trasciende los límites del texto y pone en escena un proceso social. Según lo ha formulado Michel Foucault, dicho concepto tiene su origen, con la institucionalización de la medicina en el siglo XIX, en la constitución de la experiencia médica como praxis sobre la salud de los individuos, la mirada y el modo de hablar sobre lo enfermo y lo sano. En este proceso, “la relación entre lo visible y lo invisible, necesaria a todo saber concreto, ha cambiado de estructura y hace aparecer bajo la mirada y en el lenguaje lo que estaba más acá y más allá de su dominio” (1953: 5). En la novela, los diagnósticos, las indicaciones, la posología, encuadran los problemas recurrentes que aparecen en todos y cada uno de los personajes: las enfermedades. La novela de Meruane va a visibilizar y cuestionar dos procesos apuntados por Foucault.

En primer lugar, se altera el status de la mirada que pasa a ser de reductora a fundadora del individuo en su calidad irreductible. En palabras de Foucault:

el *objeto* del discurso puede bien así ser un *sujeto*, sin que las figuras de la objetividad, sean por ello mismo, modificadas. Esta reorganización *formal y de profundidad*, más que el abandono de las teorías y de los viejos sistemas, es la que ha abierto la posibilidad de una *experiencia clínica* (2001: 8, *italica en original*).

El concepto de *vida* con el que trabaja el saber médico es tan limitado que debe controlar y restringir las formas del vivir de lo real propio de cada personaje. La vida médica se define, más bien, desde una concepción de muerte cuya liminalidad se determina por una amenaza externa: el virus, la peste, la plaga. La Muerte (con mayúscula por ser la única y el mal mayor) es para la medicina, una y sólo una y se la debe combatir con tecnología y especialización. La negación frente a la Muerte es enunciada por el Médico Cirujano y Director General al comienzo de la novela:

su hermana a medias, ¿morirse?, repitió el Médico palideciendo aún más y balbuceó: morir se nadie. Sobre mi cadáver se morirá alguien en este hospital. Para qué cree que estamos trayendo tanto aparato, tanta tecnología impostada contra la muerte. Para qué desmantelamos el destartado policlínico y fundamos este gran hospital (2007: 24).

Este concepto de vida asociado al cuerpo-sistema consiste en una serie de prácticas sobre los individuos en pos de sostener determinados “signos vitales” que establecen la

¹² Una de las grandes apuestas de la novela es problematizar las contradicciones de cada uno de los personajes, por lo que no consideramos acertado los juicios críticos que identifican formas ideológicas con identidades de los personajes, como los que llevan a Daniela Gallego a enunciar que “La Mayor es la representante de la lógica capitalista de producción y parte del complot enemigo para su hermana Zoila” (2017: 8). Más bien consideramos, conjunto a Macarena Areco Morales, que algunos de las apuestas epistemológicas de la obra de Meruane propician operaciones de “opacidad de la relación significado/significante, constructivismo y artificialidad, descentramiento del sujeto, crítica a los esencialismos, a las identidades fijas y a las relaciones de poder, aporía y deconstrucción” (2011: 181).

condición de no-muerte.¹³ Buena parte del problema radica entonces en la incapacidad de la ciencia moderna para articular vida y Muerte. Esta incapacidad se da por acción de una práctica discursiva que engendra una legitimación ciega.

He aquí el segundo proceso que apunta Foucault quien expone que, fundada la reducción del individuo, la experiencia clínica ha sido tomada por un “emparejamiento simple, sin concepto, de una mirada y de un rostro, de una ojeada y de un cuerpo mudo, especie de contacto previo a todo discurso y libre de los embarazos del lenguaje” (2001: 9). Se produce el borramiento del vínculo entre la práctica y el lenguaje que conlleva a una pretendida autonomización de la práctica médica.¹⁴

Sin embargo, la cadena de normas y órdenes que se extiende casi infinitamente y que el personaje de Zoila piensa como un teléfono descompuesto presenta, en el devenir narrativo, fallas intrínsecas y movimientos no tan esperados o diagnosticados. De allí que surjan, también, otros conceptos de *vida* definidos por aquellos que llevan en sí la enfermedad, el virus o la peste. Una vida propia, potencial, desechable, inaccesible e inentendible para el saber médico.¹⁵ Una vida fragmentaria que rompe con el *continuum* al desarticular los ciclos del sistema y vive muchas veces de y en el desecho: la vida improductiva de quien acepta la muerte como posibilidad.¹⁶ En la larga e infinita cadena de producción aparecen acontecimientos fragmentarios que visibilizan y denuncian las fallas de la pretendida integridad (textual y corporal) para constituirse y ejercer como resistencias al sistema. Se trata de resistencias del desecho que actúan desde lo improductivo en diferentes escalas analíticas (desde conceptualizaciones del cuerpo, otras temporalidades, hasta usos del lenguaje).

La narración en la novela se articula, entonces, entre el emparejamiento simple del sujeto con un cuerpo mudo, del que habla Foucault, y esta irrupción de las varias vidas precarias, al decir de Butler. Esta tensión constructiva determina dos acepciones diferentes del concepto “cuerpo”. Por un lado, el cuerpo, para el saber médico-mercantil, se encuentra directamente vinculado con la noción de productividad y se lo piensa, desde la práctica médica (cirugías, diagnósticos, análisis) como un sistema-máquina.¹⁷ El cuerpo-sistema, al que se accede por medio de una cartografía, tiene la forma de una sofisticada planta

¹³ Estas formas incompatibles en las cuales “la verdadera desgracia sería padecer eternamente” son puestas en evidencia por la voz de Zoila cuando, por ejemplo, se niega a agradecer “que mi vida sea tanto más larga gracias al lento desarrollo de la ciencia” (2007: 110).

¹⁴ Esta forma de la objetivación es, también, parte de la tesis principal del reciente libro de Roberto Espósito *Las personas y las cosas* (2016) que plantea que existe una división ineludible entre ambos conceptos que ha organizado la experiencia humana de Occidente. En una lectura profunda e histórica, el autor propone resignificar y resituar el concepto de “cuerpo” como única manera de desatar el nudo metafísico entre cosa y persona.

¹⁵ Betina Keizman propone el concepto de “vidas potenciales” para señalar procesos en los que el arte “ensaya subjetividades extendiendo los límites de lo humano, en muchos casos, estableciendo nuevas dinámicas con lo vivo, con el entorno y con lo que existe en común” (2017: 105).

¹⁶ Judith Butler, en su libro *Vidas precarias* (escrito con posterioridad al 11 de Septiembre de 2001, fecha para la cual Lina Meruane se instala en Estados Unidos y desde donde enuncia “a partir de ahí sabía que yo era palestina, inmigrante, afuerina y podía ser sospechosa. Entendí mi lugar en ese lugar”), cuestiona los usos sociales de la demanda y las construcciones de la autoridad moral en torno a los cuerpos. Sobre estos se imprimen determinados valores que diferencian aquellas vidas dignas de ser lloradas tras la muerte y aquellas otras que no son pasibles de ser lamentadas. Los grados de humanidad y de deshumanización se miden en la escala social de acuerdo a autoridades morales y tienen como base determinados saberes sobre los que se construyen las lecturas del “rostro” humano (Butler sigue aquí la idea de rostridad de Levinas, 1998).

¹⁷ “El Médico se levantó con las mejillas chupadas y las pupilas grises absolutamente dilatadas, y abrió un cartapacio y le alcanzó a la Mayor un mapa de huesos, músculos, órganos hinchados; las venas creciendo como enredadera hacia el cerebro” (2007: 26).

procesadora.¹⁸ La Mayor se preocupa por la salud de su hijo/a, como si se tratara de la maduración de un fruto-producto de su cadena de producción. El cuerpo-sistema es, propiamente, un espacio de la productividad. En el hospital sólo se es un cúmulo de órganos en el cual se pierde la categoría de persona para pasar a ser apenas un cuerpo vacío; los órganos humanos se individualizan y pierden sus formas para adquirir cualidades de frutas.¹⁹ Hasta el cuerpo del propio Médico, totalmente consumido por la ciencia, se presenta informe.

Por otro lado, la enfermedad de Zoila, según el Médico, consiste en una falla del cuerpo-sistema en el cual “el propio cuerpo se rebela contra sí mismo, el cuerpo hace de sí su propio enemigo” (2007: 25). Se trataría de un ataque del cuerpo a sí mismo, una especie de síntoma inentendible bajo la lente de la práctica médica.²⁰ El Médico, como autoridad, no escucha las palabras de María cuando explica las situaciones de la hermana Menor, sólo habla por encima de lo que considera sus problemas y lee erróneamente, de manera siempre sesgada y limitada, el cuerpo de Zoila. El método científico aplicado a la curación de los cuerpos enfermos comienza por la medicación pero tiene como punto de llegada el trasplante. Este método se vuelve necesario en casi todos los casos para la reparación del sistema. Según el saber médico, cuando el cuerpo está enfermo, es necesario extirpar el órgano afectado e introducir lo extranjero para resolver el funcionamiento general del cuerpo-sistema; el trasplante es la inserción foránea y por ende la pérdida de soberanía sobre el cuerpo propio. No por nada, a medida que el hospital crece y se moderniza, la llegada de médicos extranjeros acompaña esta pérdida de la soberanía. La conjugación del “habría” como solución se vuelve cada vez más implacable a medida que avanza el relato y se convierte en ley, figurada en un “habrá”. Así hablará el Médico para convencer a Zoila de la aplicación del método: “El trasplante es simplemente una técnica que viaja de un lugar a otro, como también un órgano se desplaza de un cuerpo a otro para seguir viviendo” (2007: 97).

Sin embargo, de la prohibición de azúcar y la medicación de insulina al trasplante de páncreas se abre una temporalidad narrativa, una larga espera en la que se desarrollan los capítulos de la novela. Para el saber médico la forma de preservar el cuerpo durante la espera consiste en someterse al control y a los exámenes, desde los métodos rigurosos y repetitivos de la medicación hasta usos y abusos sobre los cuerpos (intromisiones, toqueteos, manoseos, penetraciones). Para Zoila, en cambio, entrar en la lista de espera para el trasplante implica un modo de estar situada. En ese espacio de tensión y disrupción que se abre, Zoila, como varios otros personajes precarios, realizarán y padecerán su resistencia.

Subjetividades: la Mayor y la Menor

A lo largo de la novela aparecen varias situaciones en las que los saberes de la Menor y de la Mayor resisten como formas propias de conocimiento en oposición al saber médico-mercantil. Ellas construyen, mediante el empleo de sus cuerpos, modos propios de conocimiento; pero, los lugares del estar en el cuerpo de cada una son muy diferentes y justamente por eso la

¹⁸“Y la Mayor observaba ese diagrama del cuerpo imaginando una sofisticada planta procesadora provista de esfínteres de entrada y esfínteres de salida, de intestinos distribuidores, de fajas transportadoras y de arterias” (2007: 26).

¹⁹“(…) tan perfectos parecían plásticos, tan rozagantes que más que órganos humanos parecían frutos en conserva” (2007: 23).

²⁰ En este marco, la idea de inmunidad planteada por Espósito (2016) puede ser muy productiva para pensar el comportamiento de los cuerpos: barreras inmunitarias, la vacuna que genera enemigos internos con la finalidad de reasegurar el funcionamiento de los cuerpos. Espósito lo lleva al terreno de la política, cómo pensar las máquinas de guerra, la construcción imaginaria y real de las barreras inmunitarias: siempre hay un enemigo (un virus, una bacteria) que puede afectar al sistema.

comprensión entre ellas se dificulta.²¹ El devenir de las vidas de la Mayor y la Menor está marcado por un antagonismo de “trincheras opuestas” (2007: 82) desde las cuales cada una, a su modo, busca formas de enfrentar la hegemonía de “este campo de infinita producción y reproducción” (2007: 82).

Zoila es figurada desde el comienzo del texto como una ausencia. Es nombrada por primera vez y renombrada varias veces por los gritos de su hermana pero su cuerpo se ausenta y visibiliza un vacío en la cocina. Vacío que, en una pequeña referencia directa, nos deja pensando en el famoso personaje Gregorio Samsa de *La metamorfosis* de Franz Kafka; pero esta vez, Zoila aparecerá asimilada a “un bicho recién fumigado. Era una mosca enredada en la alfombra (...)” (2007: 15). Hay varias situaciones en la novela donde su nombre se desdibuja, como ocurre con las medicinas que debe tomar regularmente, todas llevan la etiqueta “Z.E.C.” (2007: 63) iniciales que nunca se aclaran: Zoila no tiene un nombre completo.²²

Asimismo, Zoila es el estandarte del silencio y la protectora de la palabra. Son varios los momentos en los que es forzada a hablar y se resiste frente a su hermana. La negación de la palabra por su parte rompe con la cordialidad y con el sentido común (que pareciera, también, anquilosado en lógicas mercantilistas). Negarse al intercambio funda un lugar de resistencia; un intercambio nulo en el que Zoila se pregunta una y otra vez por qué agradecer lo innecesario que le reclama el Enfermero.²³

El segundo capítulo, “Moscas de la fruta” desarrolla, en primera persona, las apreciaciones, juicios y pensamientos de Zoila, quien se vuelve testigo y relatora de los acontecimientos. En sus relatos se desarrolla el tópico de “lo infecto”; un concepto significativo móvil que pone en escena desplazamientos y movilidades narrativas. El vínculo que Zoila entabla, desde el comienzo con este tópico está marcado por la acción de la ingesta; ella abre el capítulo devorando, engullendo las moscas que serán el símbolo de la peste. Por medio de la ingesta, se declara en posesión de lo infecto al comerse los bichos, “todas mis negras y amargas moscas” (2007: 35).²⁴ El hambre por el desecho lleva al límite la condición marginal al tiempo que resignifica el lugar del cuerpo de Zoila.²⁵ Su adicción al azúcar es una forma del gusto por lo podrido y se encuentra marcada por la condición adictiva de placer del presente, propia de un trance:

²¹ Zoila lo explicita: “Esa hermana que se moja los labios con la punta de la lengua y suspira no contempla la posibilidad de que me niegue a sus cuidados, que me niegue a la inmortalidad, que prefiera una libertad de corto plazo” (2007: 79).

²² Se podría seguir por aquí otra línea de análisis sobre el tratamiento del enfermo como un N/N. En la masa hospitalaria se pierden los procesos de singularización. La borradura del nombre propio es otra forma de la precariedad; no poseer siquiera un nombre propio. Por otro lado, el nombre de María, la Mayor, aparece extrapolado a lo genérico cuando ella por primera vez se presenta ante el Médico: “y levantando la voz dijo todavía, no cualquier María, no una María anónima como todas esas que usted atiende en la Sala de Parto, no como las marías temporeras a las que les extraen guaguas lo mismo que juanetes; no cualquiera, no” (2007: 25).

²³ “Agradecer, sí, cada maldito día, porque en otros tiempos, la gente como yo resistía apenas unas semanas, a duras penas una quincena, porque antes los enfermos colapsaban, se volvían tan débiles que los médicos, sin entender el porqué de esa flacura extrema, les daban azúcar para animarlos, azúcar granulada disuelta en agua para revivirlos sin saber que los estaban envenenando” (2007: 109).

²⁴ Este tópico del hambre, en Zoila, puede vincularse directamente con una tradición literaria latinoamericana de reapropiación marginal por medio de la intromisión consciente y voluntaria de lo otro en el propio cuerpo. Pensemos por ejemplo, en *A paixão segundo GH* de Clarice Lispector o en la estética del hambre de Glauber Rocha y en sus antecedentes de la antropofagia cultural de Oswald de Andrade.

²⁵ El hambre como tópico reaparecerá también al momento en que se extiende la amenaza de las moscas de la fruta que avanza y pone en riesgo toda la cosecha.

Se me nubla la vista, me palpita la cabeza. Chispazos eléctricos se encumbran por mi nuca hasta el cráneo: estoy al borde de un cortocircuito. Alcanzo un cuchillo pero mi mano no tiene fuerza, mi puño se abre y la afilada herramienta cae, se clava en el suelo como una advertencia mientras mi cuerpo va dando vueltas, alucinado, y mis neuronas piden desesperadamente azúcar, azúcar, una y muchas veces azúcar, hasta que lentamente todo se deshace en un sudor insulso y una voz suave que silba susurra suspira simplemente como un eco absurdo azúcar azúcar (2007: 38).

Se trata de un proceso diferente del que realiza la Mayor con su obsesión por lo limpio. La limpieza y la desinfección buscarían matar el cuerpo extraño que, en tanto significativo móvil, forma parte (ya que se encuentra dentro) de la casa propia. María realiza meticulosos procedimientos de control sobre las frutas en la planta, sobre los espacios y objetos de su casa, pero no conseguirá eliminar lo infecto que surge, como nos lo plantea el comienzo de la novela, dentro de su propia hermana. Los remedios que aplica María son el paralelo de los fertilizantes que purifican y hacen crecer desmesuradamente sus cosechas. Sin embargo, la permeabilidad es inevitable.

Zoila, como portadora de lo infecto, pareciera ser una de las pocas que visibiliza la verdadera inutilidad del esfuerzo médico por salvar la vida-productiva. Adaptar el cuerpo al concepto de “vida científica” es, desde el principio, un intento en vano. El cuerpo de Zoila para el saber médico se configura como un cúmulo de elementos químicos con los cuales se busca mantener un equilibrio eterno que permita su supervivencia. En términos del saber médico, la pregunta sobre cómo funciona la vida queda siempre inexplicable ya que las partes nunca consiguen configurar un todo íntegro, al modo en que concluye el film polaco *El jardín de las delicias terrenales* (“Ogródrozkoszyziemskich”, Lech Majewskien, 2004) donde tras la muerte por cáncer de la amada del personaje principal, este junta con precisión los elementos químicos que conforman el cuerpo humano y los vierte completos y puros en una pecera con la cantidad exacta de agua (H₂O) que corresponde a la que los seres humanos poseemos en el cuerpo. Ese estado puro del cuerpo se interroga en el pensamiento de Zoila: “Continúo mirándome en mí reflejo amarillo y multiplicado de botellas: ahí estoy toda yo, hasta la última gota de mí en estado puro pero concentrada, envasada, amontonada yo en el suelo del baño” (2007: 63).

También, la empresa imposible de la Mayor se va desarticulando con el avanzar de la novela. La fragmentariedad de su cuerpo se mimetiza con una olla repleta de tomates deshechos. En cada encuentro con el Enfermero (con quien mantiene una doble relación de aprecio y manoseo) el cuerpo de María va sufriendo transformaciones: “La desnudez de mi hermana parece hueca: la piel alrededor del ombligo es una tela ajada y sobrante que no parece pertenecerle. Mi hermana tantas veces turgente, ahora se ve reseca y repulsiva” (2007: 69). El instrumental del Enfermero mide y controla el cuerpo marcando los ciclos de productividad de María. La noción de funcionamiento está estrechamente vinculada con la productividad y la explotación del cuerpo como si fuese tierra cosechable que da frutos de exportación. María ocupa el doble lugar de oprimida y opresora, es muy buena negociadora y se especializa en resolver problemas económicos. Negocia con el Enfermero el precio de los frutos de su vientre y negocia también con las temporeras hasta disolver la huelga. Aplica una inteligencia en favor de obtener beneficios económicos durante los cuales debe sacrificar parte de sí misma, de su cuerpo. Hasta cuando la plaga mayor (las moscas de la fruta) invade el tercer capítulo, María se vuelve experta en el aniquilamiento de esta amenaza y presta mucha atención a las etiquetas de los químicos que aniquilarán todas las plagas para que la

fruta de la empresa pueda seguir siendo cosechada artificialmente; frutas arrebatadas de su ciclo, manoseadas e interrumpida su maduración.

El arma principal que posee el saber médico-mercantil (también practicado por María) frente a lo infecto radica en el uso de la tecnología. Tecnología que, como se indica una y otra vez, desde los refrigeradores hasta los médicos cirujanos, se importa siempre desde el Norte y configura el entorno social propio de una economía dependiente tercermundista. El par exógeno peste/tecnología extiende toda una geopolítica en la cual se asocian, por un lado, las pestes con los muertos de hambre (aquellos pobres de los países tercermundistas); y, por otro lado, los instrumentos tecnológicos y los médicos expertos con un Norte que claramente hace referencia a las regiones desarrolladas, como EEUU y Europa. De alguna manera, la deuda económica y la peste se vuelven caras de una misma moneda en la trama de estos intercambios mercantiles.²⁶ El universo de las “moscas cosmopolitas” que construye la novela se estructura sobre relaciones desiguales en la geopolítica del conocimiento mundial.²⁷

Extraños infectos

Esta tensión de “lo foráneo” como condicionante de los cuerpos estimula un doble proceso en el relato.²⁸ Por un lado, se hace presente como pestes y plagas donde lo infecto se configura a partir de la intromisión de la enfermedad en el cuerpo propio para alterar y modificar los funcionamientos “normales” del sistema. Por otro lado, el saber médico aplica la medicina extranjera por medio de la importación de tecnologías que son, en los esquemas de conocimiento moderno, la posibilidad de cura de dichas enfermedades y desviaciones de “lo normal”. Lo foráneo, entonces, se conceptualiza como un *pharmakon* (Derrida 1975) ya que es, por una lado, la cura, mas también el veneno que la produce. Los cuerpos, entonces, se conjugan desde esta contradicción: el saber médico-mercantil, con su propio concepto de vida, ancla la necesidad del *pharmakon* (fundamentado por la tradición de la práctica médica occidental); y, en simultáneo, la cura se vuelve una “empresa imposible” (2007: 43) ya que se encuentra una y otra vez fisurada por el accionar de varios personajes que viven realidades interrumpidas. Tal es el caso de los personajes del Viejo y la Anciana de la Tercera Sala.

El Viejo es uno de los personajes más combativos de la novela. La visita que le realiza Zoila está marcada (a diferencia de los continuos embarazos de su hermana que parecen no tener fecha de vencimiento) por su inminente fecha de caducidad. El Viejo se asimila al cuerpo del que antes fue y está asociado a una fruta, en este caso la sandía, que es a su vez el vicio y la fuente de sus problemas de salud. Se presenta rodeado de moscas que anticipan su muerte al modo de la muerte de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad. La muerte del Viejo, en las palabras de Zoila, anhela ser una violenta cucharada y, replicando el modo en que muere la esposa del personaje Leonard del film *Memento* (Christopher Nolan, 2000), Zoila da muerte al Viejo con una sobredosis de insulina (nuevamente actúa el *pharmakon* como remedio y veneno).

²⁶ Podemos afirmar que este trabajo con lo geopolítico es una apuesta superadora de *Fruta podrida* en comparación con otras novelas de Meruane.

²⁷ En una entrevista publicada el 4 de Octubre de 2015 por le revista *Temporales*, Meruane enuncia al respecto: “El tema de la novela es el de la producción capitalista, desahogada, implacable, y su objeto de deseo y de desesperación es la fruta –el deseo de producir fruta perfecta, exportable, vendible, el de producir cuerpos que se ajusten a normas estéticas y protocolos de pureza y sanidad, y a su vez la imposibilidad de detener los procesos de putrefacción, etc.”.

²⁸ La irrupción de lo foráneo es constitutiva del proyecto literario de Meruane, tal como la autora lo define en el título “Soy afuerina y por tanto sospechosa” de la entrevista del 15 de abril de 2016 para *El País*.

La Anciana de la Tercera Sala es otra de las pacientes que, con su cuerpo enfermo, desafía los preceptos del saber médico-mercantil. Esta mujer tiene la forma de castañas y hormigas la recorren en un paralelo con la sandía y las moscas del Viejo. La mujer es mutilada, poco a poco de acuerdo al diagnóstico médico que termina por declararla potencial enemiga de la ética médica. El Enfermero, el Médico y el Director no la dejarán morir. La ética médica se funda en la imposibilidad de lidiar con el deseo de muerte. Su incapacidad acaba por construir otras muertes, agonías y sufrimientos. Frente a eso, la resistencia de la Anciana toma vigor. “Le amputó todo, menos la voluntad” (2007: 68), explica Zoila sobre el caso. La Anciana encarna la venganza de los mutilados y enfrenta en el centro del Hospital al régimen médico al enunciar: “Mutilada estaré, (...) pero soy una mujer entera ante la muerte” (2007: 68).

Los fluidos del cuerpo (orina, sangre, sudor y menstruación) son, también, elementos que escapan a los regímenes de control. Uno de los casos más visibles en la novela es la rebelión de las temporeras, quienes misteriosamente sincronizadas, de golpe y todas juntas, empiezan a menstruar.²⁹ Sin embargo, no se trata del comienzo de una revolución ya que en el texto las formas de resistencia exitosas están obturadas por la imposición médica-mercantil (y, en este caso, militar):

El movimiento fue tan temporal como las temporeras. Fue aplastado por los militares, que vinieron tras la llamada del Ingeniero, que a su vez obedecía las órdenes en inglés de los gerentes extranjeros: todos movidos por sus intereses comerciales (2007: 104).

Las temporeras no están idealizadas como proletarias revolucionarias, sino más bien son “influenciables, temerosas, mezquinas y codiciosas” (2007: 107); y, cuando pareciera que María recupera el control de la rebelión, en medio de la negociación, su cuerpo comienza con contracciones. Lo que se expulsa, líquidos viscosos y coágulos de sangre fluyen e interrumpen los límites de lo corporal.³⁰ En palabras de Beatriz Ferrús, “la sangre menstrual marca los bordes de la corporalidad desde el orden de lo contaminante” (2006: 188).

Final: el destierro (padecido) de Zoila y la fuga (fracasada) de María

María, hacia el final de la novela, invierte su posición en el sistema. Por medio de una empalagosa venganza ataca su espacio de trabajo y, en sentido más amplio, a toda la comunidad internacional (los miles de consumidores de sus frutas) al inyectar veneno en las frutas de exportación y generar un estado de alerta masivo que afecta a toda la cadena de

²⁹Esta escena puede leerse en paralelo con la obra *Mano de obra* (2002) de Diamela Eltit en la que las condiciones paupérrimas de trabajo en el supermercado se interrumpen desde el cuerpo mismo de la empleada cuando ella menstrua en pleno local.

³⁰ Nos distanciamos de la hipótesis de Fenna Walst que impone, en la novela, un proyecto de resistencia cuyo centro sería “la enfermedad”: “En Fruta Podrida se utiliza la diabetes como proyecto de resistencia contra la ideología capitalista en la medicina y contra la norma de la salud como condición de lo normal, estando toda la narración al servicio de esta rebelión” (2015: 1).

Más bien creemos que no se puede determinar una articulación totalizante entre las diferentes “rebeliones” que surgen en el texto (productos de varios aspectos analizados como “lo infecto” pero también “lo foráneo”). Tampoco consideramos que la enfermedad sea una cuestión metafórica en el texto (Walst 2015: 4) ni que el cuerpo se configure, exclusivamente, como un “Estado capitalista” (Walst 2015: 6). El cuerpo, en nuestro análisis se acerca más a ser pensado como modos y condiciones por medio de las cuales se expresan y manifiestan los excesos de las prácticas y de las subjetividades en resistencia.

producción.³¹ Los éxitos económicos pierden sentido en el momento en que no alcanzan, no son suficientes para resolver lo que afecta a la Mayor. María se vuelve más hacia sus entrañas, deja de lado su comportamiento acorde a la ley y saborea, de otro modo su mundo:

La Mayor sonríe, afilando cuchillo en mano, mientras pica kilos de fruta surtida y exprime naranjas para la contundente macedonia. La saborea con lentitud. Moja su dedo en el fondo de la fuente y se lo mete en la boca, y sacando la panza afuera del uniforme exclama, en éxtasis, esto sí que estuvo bueno (2007: 121).

No se trata de “un inesperado quiebre en el personaje de María” (Gallego 2017: 9) ni este caso es “el primer signo de resistencia legítima contra el sistema que había mantenido a María trabajando diariamente para mantener la economía global sana y estable” (Barrientos 2015: 100) ya que existen antecedentes en su comportamiento corporal. Esta venganza se prefigura, desde el comienzo de la obra, en aquellos otros modos de percibir y actuar en el sistema que tienen que ver con los sentidos que es capaz de activar María para vivir en el mundo. La Mayor es una experta con su olfato (“todo su cuerpo pensaba en olores”) y la obra se abre en un ambiente cerrado, impregnado de un vaho cuya fuente ella busca descubrir. El olor símil a manzanas agrias, a fruta avinagrada la conduce a la ingesta de orina del inodoro y es ahí, donde, pasándolo por el cuerpo, el fluido le da la clave: “la Menor estaba fermentando” (2007: 18). Pasar por el cuerpo lo asqueroso, los fluidos, lo desechable es un modo de aprehender, de experimentar y por ende de averiguar de qué se trata la situación de su hermana enferma. Cuestión que también ocurre en el tercer capítulo, cuando la Mayor se vuelve experta en el exterminio de las plagas y su cuerpo se vuelve todo olfato.³² El crimen frutal de la Mayor y su intento de fuga configura el punto de llegada de estas situaciones y, es así que la más experta en el funcionamiento de la cadena productiva termina, también, por elegir el suicidio.

El caso del destierro de Zoila es también una elección propia de “autoexportarse” hacia lugares del mundo. Sus objetivos no quedan del todo claros o más bien no tienen una única lógica: Zoila quiere ir a la ciudad donde vive su padre y conocer al Gran Hospital del Trasplante pero niega necesitar un trasplante y tampoco viaja para buscar a su padre.³³ El cuerpo de Zoila se va consumiendo de a poco pero su deseo crece más y más con este devenir. Con la decisión final del viaje, culmina, de algún modo un relato de aprendizaje y crecimiento/putrefacción del personaje de Zoila. Ella va creciendo a medida que pasa el tiempo (podemos, por ejemplo, rastrear los cambios de su altura en los encuentros regulares con el Enfermero), pero se trata de un crecimiento desde una “putrefacción” ya que su enfermedad también avanza a medida que concluye la novela. El viaje de Zoila es la materialización de esa resistencia en la forma del devenir. Extrañamente resiste con otro lenguaje que se vuelve inentendible y despreciable por la ley dominante (por eso la dejan entrar a EEUU, por eso nadie la piensa como sospechosa).

³¹ Este episodio tiene un referente real conocido en Chile como “las uvas con cianuro”. En 1989 la alerta saltaba cuando en Estados Unidos las autoridades sanitarias encontraron cianuro en dos granos de uva de procedencia chilena (*El País*, 15 de marzo de 1989, https://elpais.com/diario/1989/03/15/internacional/605919621_850215.html).

³² “El remolino despliega sus tóxicos aromas mientras la Mayor cierra los ojos y se vuelve toda olfato, toda ella una enorme y sensible nariz que aspira para cerciorarse de que las etiquetas correspondan al contenido de los tambores. Su absorbente nariz (el verdadero cerebro de mi hermana) (...)” (2007: 78).

³³ La decisión del viaje se da a la par de una marcha de ciegos caminantes. Meurane invierte y complejiza la “legitimación ciega” apuntada por Foucault. Si bien la mirada y la observación son prácticas propias de los personajes que conforman el sistema médico-mercantil; sobre los cuerpos de los enfermos se enfatizan otros sentidos, como vimos, el olfato para el caso de María, o el tacto en el cuerpo de Zoila.

Coda: la resistencia del lenguaje y los usos de la palabra

La escena final en la que una enfermera de un prestigioso hospital clínico interroga hasta el cansancio y manosea el cuerpo de Zoila para “tocarla”, no puede interpretarse sólo como una mera manipulación. La Menor se resiste a todo eso y de hecho derrota con su cuerpo a la enfermera, quien luego de una gran locuacidad (para nada elocuente) se ve obligada a “meter mano” en Zoila para realizar a fondo su interrogatorio.³⁴ Pero, a pesar de esa usurpación, la enfermera seguirá sin encontrar bajo el yeso de Zoila lo que se supone que debería ser su cuerpo. Pareciera como si, utilizando términos del filósofo francés Jean-Luc Nancy (2003), la enfermera (y con ella el sistema médico-mercantil) consiguieran significar, hacer significar el cuerpo de Zoila, pero no *tocarlo*. La exposición final del cuerpo de Zoila sentada inmutable al desamparo de una plaza que se llena de nieve y de frío, conforma, justamente ese espacio límite de la piel en la que para Nancy se presenta el grosor del cuerpo: “El cuerpo no es ni “significante” ni “significado. Es expositor/expuesto: ausgedehnt” (2003: 22).

El cuerpo de Zoila se expone y es exponente (como potencia en degradación/devenir) siempre extraño frente al sistema médico-mercantil. Zoila es lo inasimilable, lo indigesto, pero desde un lugar de resistencia que expone una potencia la cual hace válido todo el relato y permite la irrupción de otros discursos. Entre estos, de puño y letra de Zoila surge el cuaderno de doble entrada, donde por un lado, ella anota prolijamente los exámenes que estipulan el control médico (habiéndose negado a firmar el tratamiento); y por otro lado, expone los fragmentos intercalados entre cada capítulo o subcapítulo de la novela que constituyen el “cuaderno de descomposición”. Este último se encuentra conformado por nueve grupos de versos (los cuales funcionan como estrofas independientes) escritos al margen derecho de cada página que pueden leerse como apariciones de tópicos y referencias intertextuales que dinamitan el orden lógico, progresivo y lineal del relato.³⁵ El cuaderno de descomposición es el estandarte por medio del cual Zoila se reapropia de la palabra. En palabras de Isabel Quintana: “La lengua que ella inventa restringe el idioma al lenguaje del organismo. Desde allí, la novela lleva a pensar en las economías que se arman en torno a la vida de los individuos” (2017: 2).

Para concluir, nos urge insistir en la idea de que Zoila, en la batalla final contra el monólogo de la enfermera, no podría desaparecer sin vestigio (Derrida 1975). La Menor con su descomposición ejerce un acto y una manifestación en potencia que visibiliza la opresión de sus pares y va más allá de la reproducción sistémica, justamente porque propone una resistencia y habilita otros lenguajes. ¿Sin Zoila la hermana trabajaría para quién? ¿Sin Zoila con qué excusa desarrollaría su monólogo la enfermera en la plaza? ¿Cómo sería posible la *experiencia clínica*? ¿Sobre qué cuerpo, sino el del enfermo y el del explotado, puede constituirse un saber médico-mercantil?

Obras citadas

Areco Morales, M. “Cartografía de la novela chilena reciente”. *Anales de literatura chilena reciente*, 12 (15), 2011: 179-186.

³⁴ Para Ferrús esta representante de la institución médica personifica “un imposible intento por ‘apoderarse’ [...] desde una geopolítica privilegiada, pues es también víctima de un sistema voraz que se apodera incluso del cuerpo de sus trabajadores” (2016: 333).

³⁵ Léase, por ejemplo, el primero que trabaja el tópico de la podredumbre y entabla una intertextualidad directa con los versos “Le mort joyeux” del poeta decadentista francés Charles Baudelaire.

- Barrientos, M. “La fisura del espacio y la toxicidad de los cuerpos: El contagio de Guadalupe Santa Cruz y Fruta podrida de Lina Meruane”. *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, 44(1), 2015: 91-103. Versión digital en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5422180>.
- Butler, J. “Vida precaria”. En *Vidas precarias*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Cámara, M. “Nuevos territorios: Vida, literatura y subjetivación”. *Revista Iberoamericana*, LXXXIII(261), 2017: 801-812.
- Esposito, R. *Las personas y las cosas*. Buenos Aires: Katz Editores, 2016.
- Ferrús, B. “Fruta podrida. La escritura descompuesta de Lina Meruane”. *Rassegna iberistica*, 39(106), 2016: 325-336. Versión digital en <http://edizionicafoscari.unive.it/it/edizioni/riviste/rassegna-iberistica/2016/106/frutapodrida/>.
- Foucault, M. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2001.
- Gallego Zapata, D. “Enfermedad y resistencia: *Fruta podrida* y *Sangre en el ojo* de Lina Meruane”, [Tesis de grado], Universidad Autónoma de Barcelona, 2017.
- Gonzales, L. “Entrevista a Lina Meruane: La fruta podrida y su sombra”. *Temporales*, 4 de octubre. MFA Escritura Creativa en Español NYU, 2015. Versión digital en <http://www.revistatemporales.com/2015/10/04/entrevista-lina-meruane-la-fruta-podrida-su-sombra/>.
- González Harbour, B. “Lina Meruane: “Soy afuerina y por tanto sospechosa””. *El País*, 15 de abril de 2016. Versión digital en https://elpais.com/cultura/2016/04/06/babelia/1459953278_558674.html.
- Guerrero, J. y Bouzaglo, N. (eds.), *Excesos del cuerpo: Ficciones de contagio y enfermedad en América latina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2009.
- Derrida, J. “La farmacia de Platón”. En *La diseminación*. Madrid: Fundamentos, 1975.
- Keizman, B. “Las dinámicas de lo viviente: repetición, supervivencia y vidas potenciales”. *452ºF. Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada*, 17, 2017.
- Levinas, E. *La huella del otro*. México: Alfaguara, 1998.
- Ludmer, J. *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- Meruane, L. *Fruta podrida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2007.
- _____. *Viajes virales: la crisis del contagio global en la escritura del sida*. Buenos Aires: FCE, 2012.
- _____. *Sangre en el ojo*. Madrid: Caballo de Troya, 2012.
- Nancy, J-L. *Corpus*. Madrid: Arenalibros, 2003.
- Quintana, I. “Parcelas de vida: el arte y sus restos” en el dossier: “Literatura, imágenes y políticas de la vida”. *452ºF. Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada*, 2017, 17.
- Walst, S. F. “Ficciones patológicas: la enfermedad y el cuerpo enfermo en *Fruta podrida* (2007) y *Sangre en el ojo* (2012) de Lina Meruane.”. *Revista Estudios*, 31, 2015: 1-18. Versión digital en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5466892>.
- Zamorano, C. “Capitalismo y producción de subjetividad en *Mano de Obra* y *Fruta Podrida*”. *Revista Iberoamericana*, 1. LXXXII(254), 2016: 27-43.